

SUMARIO

Las óperas de hoy, por Francisco A. Barbieri.—El Madrid que se va, por Ricardo Becerro de Bengoa.—Las virtudes teologales, sonetos por Manuel María de Santa Ana.—Cuervo, cuento de Clarín.—Suerte común (dolora), de Campoamor.—Alrezo del rosario, por José Jover.—Desde el boulevard, por Ricardo Blascoe.—Berlin, por Deutsch.—Viona, por R. Roma, por L. de R.—Una carta, por Manuel del Palacio.—De vuelta de los baños, por Eduardo Saco.—Mosaico madrileño, por M. Ossorio y Bernard.—Líbreros nuevos.

LAS ÓPERAS DE HOY.

La afición á la música se ha generalizado mucho en España durante los últimos treinta años, y sin embargo, el gusto por la ópera ha decaído considerablemente.

Varias son las causas de esta decadencia; la principal reside en las obras nuevas que hoy se ejecutan. Nuestro público estaba acostumbrado á las de Rossini, Bellini, Donizetti y otros insignes compositores italianos, cuyas obras riquísimas de melodía le permitían, como se dice vulgarmente, llevarse algo á casa. Hoy los compositores de la nueva escuela parece como que huyen y hasta reniegan de la melodía y del ritmo italianos, para echarse en brazos de las más abstrusas combinaciones armónicas y de los más estrepitosos efectos de sonoridad, creando unas óperas que pueden ser consideradas más bien como obras de ciencia que no de arte. Por consiguiente, como el público en general no es conocedor del contrapunto, ni va al teatro á calcular sino á sentir, de aquí resulta la frialdad creciente de día en día con que asiste á este género de espectáculo.

Esto por lo tocante á las óperas en sí mismas; pero si nos fijamos en los artistas que las cantan, hallamos causa mayor para la indiferencia del público, motivada por la gran escasez de aquellos cantantes que á sus excelentes facultades naturales reñian una pura escuela de canto. Se dirá tal vez que para las óperas de hoy no hacen falta sino voces potentes, que pongan el grito en el cielo, y artistas declamadores que gesticulen bien para representar el *personaje*, mientras la orquesta se encarga de la expresión filosófica de todas las escenas, al propio tiempo que el sastre, el pintor, el maquinista y los comparsas dan forma plástica al *drama lírico*.

Pero aun partiendo de esta hipótesis, todavía vemos los apuros que pasan todos los empresarios para reunir una compañía medio regular, y los cuantiosos dispendios que para ello se le ocasionan, por las exigencias de cualquier aspirante á *notabilidad*, que haya logrado por acaso oír cuatro palmadas en un teatro extranjero de primer orden.

Estos medianos artistas cantan el nuevo repertorio como Dios les dá á entender (y les dá muy poco); pero cuando ejecutan alguna obra del antiguo repertorio italiano, suprimen trozos y aun piezas enteras, transportan y alteran otras, y lo que queda de la partitura original lo canturrean con el mayor abandono, y se callan en las piezas concertantes siempre que hay un fuerte de orquesta y coros, reservándose para un momento dado, en que les acomoda echar el resto, como diciéndole al público «aquí me has de aplaudir.» ¡Y el público les aplaude! ¡Y la empresa les paga crecidas sumas! ¿Cuánto han cambiado los tiempos de cómo eran en mi adolescencia!

Recuerdo que allá por los años de 1836 al 37 actuaba en el teatro de la Cruz de esta corte una compañía de ópera italiana, en la cual era *prima donna* la hermosa jóven y excelente cantatriz Eugenia D'Alberti, que era extraordinariamente aplaudida por el público en cuantas óperas tomaba parte.

Al poco tiempo ocurrieron á la cantatriz en su vida privada ciertos hechos que la disgustaron, hasta el extremo de salir á cantar, en varias noches consecutivas con tal indiferencia y abandono, que más parecía hallarse en un ensayo que no en la representación formal de su papel.

El público murmuraba de tal conducta, porque se enteró de las causas que la motivaban relacionadas con ciertos amores, y en la atmósfera teatral empezaron á acumularse nubes amenazadoras de alguna tempestad.

En esto se anuncia una representación de *I Puritani*, ópera favorita de nuestra *prima donna*; se llenan de gente en bote las localidades todas del teatro; empieza la ópera, y cuando al cambiarse la decoración, aparece en escena la D'Alberti, al pronunciar es-

ta las primeras palabras, estalla la indignación del público con la mayor violencia, diciendo: «Que se arrodille, que pida perdón...» en fin, un escándalo mayúsculo, en medio del cual la pobre artista cae desmayada en brazos del bajo Reguer, que la retira de la escena.

Aun segñian los roncros murmullos del público, cuando por los altos del teatro se asoma un jóven que empieza á hablar en defensa de la D'Alberti; pero sus palabras son ahogadas por los gritos de «¡Fuera ese! ¡que se calle!...» Este jóven, que por primera vez intentaba hablar en público, se llamaba Don Luis Gonzalez Bravo.

Pasado ya el escándalo y continuando la representación de la ópera, sustituido el dúo de tiple y bajo, cantó la D'Alberti el cuarteto y su polaca de tan perfecta manera, que la explosión de entusiasmo que produjo en el público fué mucho mayor que la producida ántes por la indignación, y con iguales demostraciones de aplauso siguió toda la ópera.

Concluida ésta y desalajado el teatro, fui con mi abuelo, que era alcaide del mismo, á hacer la acostumbrada requisa por todo el edificio, y en un farol del piso segundo hallamos un tomate de gran tamaño con un rollito de papel en el que se leían estas palabras: «Estaba destinado á la señora D'Alberti, si esta noche no hubiera cantado bien.»

Lecciones de esta especie no se dan hoy, porque no las consenten los progresos de la cultura general, y porque el público toma con menos calor cuanto se refiere á las modernas óperas y á la generalidad de los que las cantan. Ya no existe un Gayarre que sea capaz de producir entusiasmo con su voz y con su arte, tanto en óperas del repertorio antiguo como en las del moderno... ¡Favorita, Africana, Lohengrin, Pescador de perlas... cuando hallareis intérprete parecido!..

FRANCISCO ASENJO BARBIERI.
4.º de Noviembre de 1890.

EL MADRID QUE SE VA.

Poco ó nada parece que valen los recuerdos del pasado, ante el espíritu utilitario y positivista de la vida moderna, atenta solo á la satisfacción de las necesidades crecientes del momento, que consumen, en el espacio de vida de nuestra generación, diez veces más pensamiento, fuerza y materia que cuatro generaciones en lo antiguo.

Impulsados por este torbellino no tenemos tiempo ni humor para volver la vista atrás. La poderosa energía del movimiento que nos arrastra, al cumplir las naturales leyes de la inercia, nos obliga á ir, no solo más allá de donde queremos, sino á derribar cuanto se opona á nuestro paso, siempre que el obstáculo no tenga tales cualidades de resistencia, que nos estrellemos ante él.

Aunque modesta población entre las grandes capitales del mundo, Madrid al crecer y difundirse por el agreste arenal en que se asienta y que le rodea, al espaciarse en sus nuevos barrios, se dilata necesariamente en su interior estructura, se ahueca con la trama que forman sus edificios, ampliando los poros de su masa, y derribando para ello su caserío viejo, sus palacios legendarios, sus típicos conventos y sus horripilantes y casi siempre prestadas oficinas de los servicios públicos.

Los negocios, la higiene, la piqueta y el carro de los escombros han abierto desde hace algunos años, varias plazas y numerosas calles, por las que se desparraman el sol y la luz, siempre expandidos aquí, y el aire de la cordillera vecina, que sanea el ambiente viciado por las viviendas y las alcantarillas, aunque á menudo, si el culpa suya, trueque su salubridad en influjo devastador origen de fulminantes pulmonías.

Si el interés y la salud lo disponen, aunque el primero con la elevada cotización de los pies cuadrados de terreno, tenga más adoradores y siervos y más poder que la segunda, cuyo culto verdadero suele ser un mito, si el propietario afortunado ó cohibido por la necesidad lo ordena, la edificación viciada viene abajo, y luego que se disipa la polvareda del derrumbamiento, vense surgir á maravilla, ó una nueva via bien indemnizada por el municipio, que redondea y conforta al ventrosos demoleedor, ó una ó varias casas de vecindad, ó mucha geometría en las aceras, en las fachadas y en los ángu-

los, con muchos mármoles y pinturas en los portales y con tantos y tantos «cuartos» que solo sirven para que los habiten de perfil matrimonios estériles y de pocos cuartos, ó para que se consuman y aniquilen dentro de este antihumanitario sistema celular, las desgraciadas criaturas que tienen que amontonarse entre sus endeble tabiques.

Pero, en fin, gane ó pierda la humanidad que vive al día, lo que seguramente se pierde y se va para no volver, es algo de eso que se ama en los recuerdos de las familias, algo que los pueblos cultos estiman como se merece, el nombre, la reliquia de aquello que vivió antes que nosotros, que nos honrú por referirse á su sangre, á la casa y al pueblo á que pertenecemos, y cuya memoria agrada al espíritu, y á veces lo levanta y educa, y siempre, siempre, lo dignifica y enaltece.

Por esas calles de Dios se ven honrados en lápidas, bustos y estatuas los ilustres varones que son para nuestro pueblo una gloria nacional; está bien, pero ¿cuántos otros distinguidos españoles que en Madrid florecieron, aunque no alcanzaran el renombre de los genios, yacen olvidados, después de haberse perdido sus restos confundidos, por la ignorancia, entre el polvo de las demoliciones!

Al pasear por el Madrid viejo y contemplar cómo se derrumban poco á poco templos y claustros que guardaron las cenizas de las pasadas gentes, hay que lamentar, sin remedio, el que aquellos restos no se recojan y depositen en apropiado lugar, y el que con ellos no se perpetúe, siquiera sea en sencillas lápidas, su memoria.

II

Así lo he lamentado muchas veces al andar por la villa, en compañía de un muy querido amigo mío, tan sabio en estas cosas como modesto en todas, y á quien le encariñan y atraen los recuerdos de los artistas, de los literatos y, en general, de cuantos hombres de bien hacen especial mención los libros viejos.

A punto están de rodar por el suelo las bóvedas ojivales de la humilde iglesia de la Concepcion Jerónima, casi las únicas de ese arte que existen aquí y evocan la memoria del ilustre artillero madrileño y valiente soldado de Alahar, Cambil y Málaga, Francisco Ramirez, y la de su mujer, doña Beatriz Galindo (*la Latina*). Los artísticos sepulcros de ambos fundadores parece que se han recogido y que se conservan en digno local; pero como dentro de ellos no aparecieron los restos, convendría averiguar qué fundamento tienen las afirmaciones de los historiadores Quintana y P. Sigüenza, que dicen que los de Ramirez se depositaron en la bóveda, y los de la Latina en el coro. Lástima es que este templo se derrumbe, ya que esos escritores y Pons y Amador de los Ríos y Rada y Delgado, y Rosell y otros hablan con especial interés de él en sus obras, y ya que por la calle que en su solar se abra no se irá á ninguna parte. También aquí está enterrado el escritor madrileño Luis Muñoz (1653), autor, entre otros libros curiosos, de las «Vidas» de San Carlos Borromeo, F. Luis de Granada, del misionero y poblador de Nueva España, Gregorio Lopez; de doña Luisa Carvajal y Mendoza y del arzobispo de Braya F. Bartolomé de los Mártires.

¿Se habrán perdido los restos del ilustre arquitecto Teodoro Ardemans, que estaba sepultado en la bóveda de la primera capilla del ex-convento de Capuchinos de San Antonio del Prado, hoy en demolición? Este afamado profesor redactó las curiosas «Ordenanzas de Madrid» á principios del siglo XVIII; fué fontanero mayor de la corte é hizo el estudio y descripción del «Curso subterráneo de las aguas»; dirigió la capilla, palacio y jardines de San Ildefonso, y trabajó en las catedrales de Toledo y Granada (1726).

La desaparición de San Antonio del Prado nos trae á la memoria lo ocurrido en aquella misma plaza, en la demolición del convento de clérigos regulares menores del Espíritu-Santo, que ocupaba el espacio donde se alza hoy el Congreso de los Diputados, y en cuya bóveda yacían los restos del muy insigne autor de la *Bibliotheca Hispana Vetus* y de la *Nova*, Nicolás Antonio (1684), que se perdieron miserablemente, sin que nadie se acordara en aquellos días (1842) de tan exímio varón, el primero de los bibliógrafos españoles.

Al derribar hoy el convento del Carmen Calzado, ¿por qué no se investiga en las crónicas y memorias de la corte si hay allí algunos enterramientos curiosos, y se ¿ si pueden

recogerse algunos que otros trabajos artísticos, que, aunque de escaso valor, sería sensible que se perdieran?

No durará mucho el actual templo de Atocha, en cuyos claustros, bóveda é iglesia yacen, entre otros dominicos, el fundador F. Juan Hurtado de Mendoza, de la ilustre casa de este nombre (1523); los escritores Gregorio Lopez de Madera, catedrático de Alcalá, corregidor de Toledo, que le debe puentes, puertas y edificios notables, así como Murcia y Lorca el aumento de sus riegos (1629); el analista F. Jerónimo Vallejo; el cronista de la casa F. J. de Pereda; F. Luis Lopez y el viajero y misionero F. Juan Bolante. Allí yace también el afamado obispo de Chiapa F. Bartolomé de las Casas (1566), como esperan definitivamente sepultura, en los monumentos que han de recordar sus glorias, los grandes caudillos de la Independencia Castaños y Palafox.

III

Colektividades tan influyentes como el cuerpo colegiado de Hijosdalgo de Madrid y la congregación de seglares Naturales pudieran cuidarse de la tarea de librar del olvido tales restos, y algunos otros, como por ejemplo, los de Pons, que se conservan en San Luis (segun Sedano y Rioja); los de Vicente Carducho, en la capilla de la Orden Tercera de San Francisco, y los demás que pudieran descubrirse revisando las obras de Alvarez Baena, Llaguno y Cean sobre los antepasados, así como el catálogo de contemporáneos ilustres que con especial diligencia y acierto ha compilado el Sr. D. Manuel Mesonero Romanos. Estos meritorios propósitos podrían dar tan excelentes resultados, por lo menos, como los que ha logrado el amigo de que llevo hecha mención, eni académico ni sobrado de recursos, que con su actividad y buen deseo, interesando á las Academias y al Sr. Mesonero, ha logrado ver á salvo el ex-convento de San Francisco por medio de una exposición de la Asociación de Propietarios al señor presidente del Consejo de ministros; el convento de Trinitarias, la casa de Cervantes en Valladolid y el recuerdo de la fundadora de la ermita de San Isidro, emperatriz Isabel.

Los restos de los citados madrileños ilustres pudieran trasladarse, antes de las demoliciones, á los magníficos sepulcros vacíos que hay en las bóvedas de San Francisco del Grande y de San Fernando de los Escolapios, y los de los artistas pudieran ir á reposar á la capilla de los Arquitectos de San Sebastián.

Aún cabe realizar nuevas investigaciones para ver si se da con los restos de Lope de Vega, toda vez que el sitio donde se le buscó es distinto de aquel en que por mucho tiempo se sepultó á los feligreses distinguidos de la parroquia de San Sebastian: en bóveda construida anteriormente á las registradas. Tal vez los de Cervantes estén bajo la sacristía, en un espacio lleno de nichos, á que no hizo referencia, sin duda por desconocerlo, el ilustre é inolvidable señor marqués de Molins; y acaso removiendo la tierra que debe cubrir la amplia lápida bajo la cual se enterró á Velazquez, sería posible dar con sus preciados despojos.

Cuando los franceses demolieron el convento de San Martín, hizo por ellos, con especial pompa, la traslación de los restos del sabio Jorge Juan á las Casas Consistoriales, y en cuanto «la francesada» terminó, encargaron los ediles al abad de aquel monasterio que los recogiera. Qué pasó, nadie lo sabe; pero lo cierto es que las cenizas del inmortal físico y marino se perdieron.

Todo cuanto va apuntado es polvo, y cosa de poco más ó ménos para los negociantes y pensadores del día, que en polvo ruin y ramplon se han de convertir, sin que nadie, ni ánn sus propios hijos, se acuerden de ellos mañana; pero si hay unos pocos hombres de gusto y de conciencia que crean que toda nación debe rendir culto en su Westminster á la memoria de los antepasados ilustres, á su opinión me adhiero, y con ellos deploro que el Madrid que se va se vaya como el polvo de las carreteras movido por el viento á cegar los ojos del transeunte y á cubrir las áridas laderas de las tierras, montes y barrancos, donde todo lo que es espiritual, inteligente y humano no tiene asiento ni representación alguna.

R. BECERRO DE BENGUA.

LAS VIRTUDES TEOLOGALES

SONETOS

FE

Ojos no ha de tener, ni entendimiento, Quien, cerrando á la luz ojos y mente, Puede dudar que un Dios Omnipotente Da al hombre y á los astros movimiento Adonde quiera lleva el pensamiento Siempre el hombre al Creador halla presente, Y en sí mismo de Dios la mano siente, Dando al cuerpo vigor y al alma aliento. Sin fe en Dios y en sus obras no hay ventura.

Dudar de su bondad roba el sosiego; ¿Ni cómo han de negar humos artes, Lo que ve y lo que siente la criatura? ¿Cómo dudar de Dios á no ser ciego, Si encontramos á Dios en todas partes?

ESPERANZA

Mirar cercano el bien que no se alcanza; Resistir al dolor, templar la ira, Y el más cierto pesar juzgar mentira. Esos los frutos son de la Esperanza.

Alentado por ella el hombre avanza Tras del humano bien por quien suspira Y tiene en Dios, cuando en la fe se inspira, De alcanzar el mayor la confianza. Gozado el bien, la santidad atorra; No conseguido aún, para consuelo Goces puros, y mil, el alma encierra. Ni de gozar del bien sintais anhelo, ¡Perdido habeis los bienes de la tierra! Esperad y creed: vuestro es el cielo.

CARIDAD

Ley de Dios, ley de amor. El soberano Precepto del Señor tan solo acata Quien como á hermano al desvalido trata, Y parte lo que tiene con su hermano. Hijos de Dios y del linage humano, Todos, á todos el deber nos ata De partir con el pobre pan y plata; Que dárnoslo el Señor no quiso en vano. Prestad al pobre aguarde y abrigo; Consuelo y pan sin aguardar que os sobre, Y del hombre y de Dios seréis amigo. Porque ha dicho el Señor: «El que reparta «Con más amor sus bienes con el pobre, «En mi reino y mi amor tendrá más parte.»

MANUEL M. DE SANTA ANA

CUERVO (1)

Laguna es una ciudad alegre, blanca toda y metida en un cuadro de verdura. Rodéanla anchos prados pantanosos; por Oriente le besa las antiguas murallas un río que describe delante del pueblo una ese, como quien hace una pirueta, y que despues, en seguida, se para en un remanso, yo creo que para pintar en un reflejo la ciudad hermosa de quien está enamorado. Bordan el horizonte bosques seculares de encinas y castaños por un lado, y por otro crestas de altísimas montañas muy lejanas y cubiertas de nieve. El paisaje que se contempla desde la torre de la colegiata no tiene más defecto que el de parecer amanechado y casi casi de abanico. El pueblo por dentro es tambien risueño, y como está tan blanco, parece limpio.

De las veinte mil almas que, sin distinguir de clases, atribuye la estadística oficial á Laguna, bien se puede decir que diecinueve mil son alegres como unas sonajas. No se ha visto en España pueblo más bullanguero ni donde se muera más gente.

II

Durante mucho tiempo, tiempo memorial, los lagunenses ó *paludenses*, como se empeña en llamarlos el médico higienista y pedante D. Torcuato Resma, han venido negando, pero negando en absoluto, que su querida ciudad fuese insalubre. Segun la mayoría de la población, la gente se moría porque no había más remedio que morir, y porque no todos habían de quedar para antecristos; pero lo mismo sucedía en todas partes, sólo que «ojos que no ven, corazón que no siente»; y como allí casi todos eran parientes más ó ménos lejanos, y mejor ó peor avenida... por eso, es decir, por eso se hablaba tanto de los difuntos y se sabía quiénes eran y parecían muchos.

«¡Claro!»—gritaba cualquier vecino;—aquí la entrega uno, y todos los conocemos, todos le sentimos, y por eso se abultan las cosas; en Madrid

(1) La serie de artículos titulada «La evolución de la crítica» se publicará alternando con el presente cuento y otros trabajos del autor. El cual advierte á los lectores que en el artículo primero de «La evolución de la crítica» hay varias erratas de tal clase que no cabe subsanarlas ni entender lo que se ha querido decir. Y la culpa es del autor mismo, no de los cajistas, que no entienden de escrituras cuneiformes.

mueren cuarenta... y al hoyo; nadie lo sabe más que LA CORRESPONDENCIA, que cobra el anuncio.

Después de la revolución fué cuando empezó el pueblo á preocuparse y á crecer á ratos en la mortalidad desproporcionada. Según unos, bastaba para explicar el fenómeno la *dichosa revolución*.

—Sí, hay que reconocerlo: desde la gloriosa se muere mucha más gente, pero eso se explica por la revolución.

Según otros, había que especificar más: cierto, era por culpa de la revolución; pero ¿por qué? Porque con ella había venido la libertad de enseñanza, y con la libertad de enseñanza el prurito de dar carrera á todos los muchachos del pueblo y hacerlos médicos de prisas y corriendo y á granel. ¿Qué resultaba? Que en dos años volvían los chicos de la Universidad hechos unos pedantones y empeñados en buscar clientela debajo de las piedras. Y enfermo que cogían en sus manos, muerto seguro. Pero esto no era lo peor, sino la aprensión que metían á los vecinos y las voces que hacían correr y lo que decían en los periódicos de la localidad.

Sobre todo, el doctor Torcuato Resma (que años después tuvo que escapar del pueblo porque se descubrió, tal se dijo, que su título de licenciado era falso), Torcuato Resma, en opinión de muchos, había traído al pueblo todas las plagas de Egipto con su dichosa higiene y sus estadísticas demográficas y observaciones en el cementerio y en el hospital, y en la malatería y en las viviendas pobres y hasta en la ropa de los vecinos honrados. «¿Qué peste de D. Torcuato! Mala bomba lo partaba.

Publicaba artículos en que siempre se prometía continuar, y que nunca concluían por lo que ya explicaré, en el eco imparcial de la opinión lagunense, *El Despertador Eléctrico*, diario muy amigo de los intereses locales y de los adelantos modernos, y de vivir en paz con todos los humanos, en forma de suscritores. Los artículos de D. Torcuato comenzaban y no concluían: primero, porque el mismo Resma no sabía dónde quería ir á parar, y todo lo tomaba desde el principio de la creación y un poco antes; segundo, porque el director de *El Despertador Eléctrico* se le echaba encima con los mejores modos del mundo, diciéndole que se le quedaban los suscritores y hasta se le despedían:

—Bueno, comenzaré otra serie— decía Resma,— porque la ya empezada no admite tergiversaciones (así decía *tergiversaciones*) ni componendas, y si sigo los caprichos de los lectores de usted, me expongo á contradecirme:

Y D. Torcuato comenzaba otra serie, que tenía que suspender también, porque el alcalde, ó el capellan del cementerio, ó el administrador del hospicio, ó el arquitecto municipal, ó el cabo de serenitas se daban por aludidos.

—Yo quiero salvar á Laguna de una muerte segura; se están ustedes dejando diezmar...

—Lo que usted quiere es matarme el periódico.

—Yo no aludo á nadie; yo estoy muy por encima de las personalidades...

—No, señor; usted tendrá buena intención, pero resulta que sin querer hiere muchas susceptibilidades...

—Pero entonces aquí no se puede hablar de nadie, no se puede defender la higiene, criticar los abusos y perseguir la ignorancia...

—No, señor; no se pueden en perjuicio de tercero.

—Lo primero es la vida, la salud, la divina salud.

—No, señor, lo primero es el alcalde, y lo segundo el primer teniente alcalde. Usted sabrá higiene pública; pero yo sé higiene privada.

—Pero su periódico de usted es de intereses materiales...

—Sí, señor, y morales. Y mi único interés moral es que viva el periódico, porque si usted me lo mata, ya no puedo defender nada, incluso el estómago.

El último artículo que publicó Resma en *El Despertador Eléctrico* comenzaba diciendo: «Esperamos que esta vez nadie se dé por aludido. Vamos á hablar de la terrible enfermedad que azota en toda la comarca al nuncio bastante alabado y bien mantenido ganado de cerda...»

Pues por este artículo, que no iba más que con los cerdos, fué precisamente por el que tuvo que abandonar Resma la colaboración de *El Despertador Eléctrico*. No fueron los cerdos los que demostraron que ya no había cerdos enfermos en la comarca. Este mismo personaje, que se tenía por gran estadista, excelente zoológico y agrónomo eminente, fué el que años atrás había sido comisionado para estudiar en una provincia vecina el boliche. Parece ser que el boliche es un hierbato importado de América, que se propaga con una rapidez asoladora y que deja la tierra en que arraiga estéril por completo. Pues nuestro hombre, el de los cerdos, fué á la provincia limítrofe con unas tierras que no se merecía; gastó allí alegremente su dinero, llamémosle así, y no vio al boliche ni se acordó de él siquiera hasta que, poco antes de

dar la vuelta para Laguna, un amigo suyo, á quien había encargado que estudiara aquello del boliche, ó San Boliche, se le presentó con una Memoria acerca de la planta y una caja bien cerrada donde había ejemplares de ella. El hombre de los cerdos guardó la caja en un bolsillo de su cazadora, metió en la maleta la Memoria y se volvió á Laguna. Y allí se estuvo meses y meses sin acordarse del boliche para nada y sin que nadie le preguntase por él, porque entonces todavía no estaba Resma en el pueblo, sino en Madrid, estudiando ó falsificando su título. Al fin, en un periódico de oposición al ayuntamiento, se publicó una terrible gaceta, que se titulaba *¿Y el Boliche?* El de los cerdos se dio una palmada en la frente y buscó la Memoria del amigo, que no pareció. No estaba en la maleta ni en parte alguna, á no ser los dos primeros folios, que se encontraron envolviendo los restos grasientos de una empanada fría. *¿El Boliche! ¿El boliche de la caja?* Ese pareció también... en la huerta de la casa. La caja se había perdido; pero el boliche, no se sabe cómo, había ido á dar á la huerta, y allí hacía de las suyas; pasó pronto á la heredad del vecino, y de una en otra saltó á las afueras, se extendió por los campos, y toda la comarca supo á los pocos meses lo que era el boliche y en qué consistían sus estragos. Este hombre de los cerdos sanos y del boliche fué el que hizo á D. Torcuato dejar *El Despertador Eléctrico*, porque amenazó con incendiar la imprenta y la redacción y matar al director y á cuantos se le pusieran por delante. —Afortunadamente, por aquellos días, apareció Juan Claridades, periódico jocoserio que venía al estudio de la prensa á desenmascarar á Lucrecia Borgia, ó sea á la descarada inmundicia, que lo invade todo, etcétera, etc. ¿Qué más quería D. Torcuato? Allí continuó su campaña higiénica... en letras de molde.

—Pero tenía un formidable enemigo. ¿Quién? D. Angel Cuervo; es decir, nuestro héroe.

III

D. Angel Cuervo no tenía familia, ni le hacía falta, como decía él, porque en todas las casas de Laguna veía la propia y entraba y salía con la mayor confianza, así en el palacio del magnate como en la taberna más humilde.

—Yo soy — decía — el paño de lágrimas de toda la población, y solía limpiarse las narices, al hablar así, con un inmenso pañuelo de yerbas; tal vez hubiera en esto una asociación de ideas, ó por lo menos de pañuelos.

Era alto y fornido, no se sabe de qué edad, probablemente de cincuenta años, aunque no se puede jurar que pasaran de cuarenta, ó que no fuesen cincuenta y cinco. Era su rostro grande, largo, pero no desproporcionadamente, porque también de pómulo á pómulo había su distancia. En toda aquella extensión de carne, pálida á trechos y á trechos tirando á cárdena, no había más vejetación que monte bajo; es decir, barbas que todo lo invadían, pero afeitadas siempre y siempre tarde y mal afeitadas. Parecía aquello un milagró: ó las barbas le crecían á razón de milímetro por hora, ó no se podía explicar como D. Angel, jamás barbudo, jamás tenía la cara limpia. ¿Se afeitaba... con tijeras? No se sabe. En fin, no importa, basta figurárselo siempre con una barba de tres ó cuatro días.

Tenía cuello de toro y alrededor del cuello un corbatín negro con broches por detrás, que le tapaba la tirilla de la camisa, no muy limpia tampoco ordinariamente. Con esto y vestir siempre de negro y usar sombrero de copa de forma anticuada y algo grasiento, largo levitón, cuyos faldones, muy sueltos y movidos tenían aires de manto; parecía un cura de la montaña, sano, pobre, fuerte y contento. Disfrutaba un destino muy humilde en el palacio episcopal; pero lo despreciaba y pocos días asistía á la oficina á la hora debida, porque su vocación le llamaba á otra parte: á los entierros.

Aludiendo á Cuervo en un artículo, le había llamado Resma *el parásito de la muerte, el bufón de la Funeraria*.

Aparte del mal gusto de estas frases rebuscadas, semejantes epítetos tenían cierta aplicación exacta á nuestro Cuervo; si se distinguía de tiempos. Era verdad que Cuervo había comenzado por ser un cortesano de la desgracia, es decir por vivir como podía de la muerte. Era pobre, muy pobre, no tenía hom bre y tuvo que ingeniar para encontrar su cubierto alguna vez en el llamado banquete de la vida. Y para esto acudía al banquete de la muerte, acudía á las casas donde se moría álguien y comía allí con motivo de «no tener ánimo para otra cosa».

Después, las relaciones de amistad, que se estrechaban más y más en tan solemnes momentos, le sirvieron para ganar aquel pedazo de pan que le daban en palacio, y también para tener alguna influencia en todas las clases sociales y explotarla modestamente. Pero esto no le hizo rico ni poderoso, ni lo que empezó siendo en parte necesidad é industria lícita, y en parte

afición ingénita dejó de convertirse muy pronto en pasión viva, en vocación irresistible. Así es que cuando D. Torcuato Resma se atrevió á llamarle en *Juan Claridades* «parásito de la muerte, bufón de la Funeraria», ya era nuestro hombre muy otra cosa. «Esta afición mía á los difuntos, á los dueros y á las misas de requiem no la puede comprender el espíritu mezuño de ese bachiller pedanton que pretende sanar á los cristianos con artículos de fondo, siendo él digno de que le asista un veterinario». Esto decía Cuervo á los numerosos amigos que le venían con cuentos y con artículos del otro.

IV

En Laguna se formaron dos partidos: el de Cuervo y el de D. Torcuato. El del doctor tenía su órgano en la prensa, *Juan Claridades*; el de Cuervo no; ni lo quería ni lo necesitaba. «Puff! ¡pañuelos!» decía D. Angel, que despreciaba la prensa local con todo su corazón. Cuervo no escribía, hablaba; pero como él era bien quisto (frase favorita suya) de toda la población y estaba en todas partes, sus palabras tenían mucha mayor publicidad que los artículos del otro. Hablaba y recitaba letrillas, único género literario que él creía digno de ocupar su ingenio. De noche, en la cama, ó tal vez mientras velaba á un moribundo, ó cuando después seguía su cadáver camino del cementerio, se entretenía en componer aquellas «cuchufletas», según las llamaba siempre; las aprendía de memoria, daba en seguida la noticia del hallazgo á un amigo íntimo, diciéndole al oído: «Cayó una»; y el amigo, delante de otros pocos íntimos, le decía: «Vamos, D. Angel, venga eso... ya sabemos que cayó otra»; y después de hacerse rogar, sonriendo y rascándose la cabeza someramente, comenzaba con voz muy baja y mirando á las puertas y ventanas como si temiese que por allí pudiese entrar el otro:

«¿Quien...? etc., etc.»

Casi todas las letrillas de Cuervo comenzaban así; preguntando quién era esto ó lo otro, ó quién hacia tal ó cual cosa, y resultaba, allá en el estruendo, que era D. Torcuato. Podía Cuervo prescindir del *quién*, pero de los interrogantes, difícilmente; y de los estruendos de pie quebrado, de ninguna manera. Tenía el ingenio satírico muy en su punto, y la conciencia de él, pero no creía posible que la sátira pudiese tener otra forma que la letrilla, ni la letrilla podía en rigor prescindir del pie quebrado. En cuanto á los ríptos, no le arredraban, y con un candor que los legitimaba hasta cierto punto, empleábalos sin miedo, y aún en dar con los más rebuscados fundaba el *quid* del arte, por lo que toca á la expresión. Así, por ejemplo, si para insultar al otro le llamaba por el apellido, ya se sabía que había de decir: *¿Quién con cara de Cuervo?...* etc.

Y después venía infaliblemente en un verso de dos sílabas, con punto y aparte, como decía D. Angel, venía, digo, Resma. Y si le preguntaban: —Pero D. Angel, ¿qué pito toca ahí la Cuervo? —Se encogía de hombros y solía decir: —*Sic vos non vobis*. —Latin que, según él, no pasaba de ahí, y significaba: *Esto no es para vosotros*. Porque es de notar, siquiera sea de paso, que aunque Cuervo había estudiado en el seminario hasta el segundo año de filosofía y no había sido mal estudiante, desde el punto y hora en que se decidió á ahorrar los hábitos, se propuso olvidar la *traducción* y el *orden* (frase suya), y lo consiguió á poco tiempo. A pesar de esto, su excelente memoria conservaba casi todo el *Nebrija* sin entender palabra, muchos versos y cerca de medio misal romano. La misa de difuntos y casi todos los cantos relativos al entierro y demás ceremonias fúnebres, es claro que los sabía con las notas correspondientes del sonsonete religioso, y tampoco paraba mientes en la *traducción* que pudieran tener.

V

Antes que Resma anduviese por el mundo, ó por lo menos antes que fuese médico, así lo era, que eso ya se averiguaria, estaba cansado Cuervo de saber que en Laguna se moría mucha gente. ¿Y qué? ¡Vaya una novedad! El, que iba de aldea en aldea por todas las de la comarca y comía en casa de todos los curas del contorno, estaba cansado de oír que no había en toda la diócesis parroquias como aquellas parroquias del Ayuntamiento de Laguna, así las del casco de la ciudad como las de fuera, en materia de pitanzas. ¿Por qué? Pues claro, por eso, porque había muchos entierros y muchas misas de funeral. ¿Qué clérigo de cuantos concursaban no sabía eso? ¿Qué sacristan ni acólito lo ignoraba? ¿Quién no envidiaba á los acólitos sacristanes, coadjutores, ecónomos y párrocos de Laguna? Pero esto era bueno para sabido por los de la *clase*, y para cálido. La alegría de los lagunenses era proverbial en toda la provincia; ¡por que turbaba el ánimo con tristes enseñanzas! Ni ellos querían ver el mal, ni el mostrárselo era más que una crueldad inútil, porque no tenía remedio. No, no lo tenía en

opinión de Cuervo y los suyos. «La higiene... la estadística, las tablas de la mortalidad... Quetelet... el término medio... conversacion. Los antiguos no sabían de términos medios ni de Quetelet, ni de estadísticas, ni de higiene, y vivían más que los modernos.»

A D. Angel le ponía furioso la cuenta que Resma echaba para demostrar que hoy vivimos más que nuestros antepasados.

—Es un majadero—gritaba Cuervo; —figúrense ustedes que dice que vivimos hoy más... por término medio. ¿Qué es eso de vivir por término medio? Yo sí, pienso vivir mucho, tanto como el más pintado de nuestros ilustres ascendientes; pero no pienso vivir por término medio, sino todo entero, como salí del vientre de mi madre. Mediante una cuenta de dividir ó de quebrados, ó no sé qué engañifa, ese Sr. Resma saca la cuenta de lo que nos toca á cada quisque estar en este mundo; y según esa cuenta, resulta que yo estoy de sobra hace muchos años. Y á eso lo llaman higiene, ó geografía, ó demografía, y dicen que lo dijo San Quetelet á San Tararar. ¿Y lo del agua? De todo le echa la culpa al río, y dice que por el río puede venir la peste, y que se filtran por las capas de la tierra no sé qué diablos de animalejos que nos envenenan; y cita ejemplos de cosas que pasaron allá en tierras de franchutes, tal como el haber echado entre el estiercol de un corral no sé qué sustancias y haberse ido las sustancias solitas, pian, pianito por debajo de tierra á envenenar el río y después hacer que reventaran los vecinos de no sé qué ciudad ribereña... ¿Habrá embustero? Y entusiasmándose, añadía Cuervo:

—Por algo se dijo aquello de

«¿Quién, con cara de Cuervo, renegando del bautismo puso el agua en ostracismo?» Resma.

«¿Quién hace pagar el pato á Perico el fontanero diciendo que hay un regato que envenena al pueblo entero?» Don Torcuato, ¡don Torcuato el embustero!

CLARIN

(Continuará)

DOLORA

SUERTE COMUN
Son iguales, Leonor, nuestros destinos. Moriras, como yo, de mal de amores, porque siempre, y en todos los caminos, tu corazón saltarán traidores el tedio y el placer: dos asesinos.

CAMPOAMOR.

AL REZO DEL ROSARIO

Dicen que es un cansancio y un mareo Una vez y otra vez decir lo mismo, Y que más que plegaria es narcotismo Del Rosario el constante martilleo: Que es mejor que tan largo clamoreo Oracion de acordado laconismo... ¡Infelices! No ven en su idiotismo Que no se hizo el amor para el ateo. Una sola palabra el amor tiene; El que es capaz de amar sabe decirla Con aquella expansión que le conviene; La que es digna de amar sabe sentirla; Por eso el que de amores se mantiene No se cansa jamás de repetirla.

JOSÉ JOVER.

DESDE EL BOULEVARD

Hubo un tiempo en que el medio más seguro que los segundones sin fortuna tenían para asegurar su subsistencia, y aún para crearse una posición elevada, era hacerse soldados ó meterse frailes.

En los tiempos modernos, para hacer pronto gran fortuna, hay dos caminos abiertos: la política y la ópera. Ministro ó tenor, dos profesiones que conducen rápidamente á la envidiable situación de millonario. Para ser tenor se necesita buena voz. Para ser ministro suelést bastar gritar muy alto.

En España tenemos un tercer camino: el toro. Para ser torero se necesita ser valiente; á veces basta ser muy bruto.

Pero en este fin de siglo se presenta á la juventud una nueva carrera, si bien más difícil que las anteriores, de ganancia segura: la de escultor.

El doctor Koch, que, según nos anuncian las revistas científicas, acaba de descubrir la manera de destruir el microbio de la tisis, debía estudiar con verdadero interés el bacilo de la *estatuomanía*.

Es esta una enfermedad que toma incremento alarmante. Solamente con la estadística de las estatuas que en Francia se han inaugurado en lo que va de año y las que se encuentran en estado de proyecto, de construcción ó de suscripción más ó menos pública y fructuosa, llenaríamos las cuatro planas de este suplemento.

Añadan ustedes las que el resto de Europa se prepara á levantar ó ha le-

vantado desde 1.º de enero, y digánnos si el papel de los escultores no está en alza.

Pero la estatuomanía empieza á pasar del período benigno y tranquilo al de verdadera gravedad.

En la semana última se han presentado dos casos que revisten nuevas formas: los caracteres de estos ataques y la calidad de los atacados revisten inusitada importancia.

Los focos de infección son dos Academias: la de Medicina y el Instituto de Francia.

Los invadidos dos sabios: el doctor Variot y Mr. Ravaisson, académico de la de Inscripciones y Bellas Letras.

Este último caso se ha propagado con carácter benigno y síntomas joviales al caricaturista Caran d'Ache, pero amenazaba gravemente la existencia de la Venus de Milo, la joya más preciada del Louvre.

* *

El doctor Variot ha hecho presentar á la Academia de Medicina por su colega y maestro el doctor Brown-Sequard una niña de tres años momificada por un procedimiento nuevo, trasformada en verdadera estatua de cobre.

Los que visitaron la última Exposición universal pudieron ver—como hoy se ve en los escaparates de algunas tiendas de París—objetos de ornamentación obtenidos por un procedimiento electro-químico, que consiste en galvanizar figuritas de yeso ó de barro, ramas, hojas y flores, patas de gallina, frutas naturales, etc., cubriéndolas de una delgada capa de cobre, de plata ó de oro.

Este procedimiento, sencillo en apariencia, es el que el doctor Variot pretende aplicar á los cadáveres para su indefinida conservación, y es el que ha aplicado al presentado por su colega en la última sesión de la Academia de Medicina.

Lo que la industria hace con una pata de pollo ó una hoja de col, el doctor Variot lo ha hecho con un cadáver, y espera que su descubrimiento se vulgaree, sustituyendo á los imperfectos embalsamamientos hoy empleados, y aún al sistema de enterrar actualmente en práctica y á la cremación ó incineración que empezaban á ganar adeptos.

Por su procedimiento, la familia conservaría al ser querido que perdió, no bajo tres pies de tierra en el cementerio, ni en una urna cineraria, sino en forma de estatua de cobre, plata ó oro, según la fortuna de cada cual, y en el sitio de preferencia de su propia casa.

Se trata, pues, de un perfeccionamiento *fin de siècle* de las momias egipcias.

No creemos que el descubrimiento del doctor Variot llegue á vulgarse.

Aparte de que sería necesario momificar los cadáveres en completa desnudez—lo cual resultaría indecente y sólo aplicable á las bailarinas y otras profesiones liberales análogas—y de que el procedimiento es caro, puesto que la metalización en plata de un adulto no costaría menos de 30000 pesetas, hay otras razones morales y materiales que se oponen á la adopción general del descubrimiento del doctor Variot.

Sin contar con el precepto religioso de que el cuerpo es polvo y al polvo debe volver, los principios de higiene, aviniéndose perfectamente con ese precepto, exigen que, lejos de procurar la conservación indefinida de los cadáveres, se procure su más rápida y perfecta destrucción.

Y aunque la religión y la higiene transigieran y adoptaran la metalización de los cadáveres, ¿qué iban á hacer las generaciones futuras del número de estatuas que el doctor Variot quiere legarles?

Enterradas, á la vuelta de un siglo ocuparían más sitio que en la superficie del globo necesitan los vivos para moverse sin profanar con sus pies la tumba de sus antepasados.

Conservarlas exteriormente, se prestaría á profanaciones que hoy mismo, si se notan menos, no son menos comunes en los retratos y recuerdos que los que profesan el culto de los seres perdidos han conservado.

No hace falta una gran imaginación para pensar en lo ridículo que sería ver una momia metalizada, púdicamente cubierta de ropajes por sus respetuosos descendientes, sufriendo los azares y trompicones de una mudanza.

Y hasta podría darse el caso de un pariente arruinado y poco escrupuloso que llevase al Monte de Piedad el cuerpo de uno de sus opulentos antepasados á quien la familia hubiera fastuosamente dorado al morir.

Para los que conservan el culto de sus muertos queridos, no es necesaria la conservación *material* del ser perdido; si algo *palpable* conservan ó deben conservar, ese algo ha de recordarle la persona viva; un retrato, una estatua en que el pincel ó el buril, inspirados por el génio, infundieron la expresión de la vida; las momias metálicas del doctor Variot llevan impresa la mueca de la muerte.

Dentro de las tumbas tampoco hacen falta: los que se arrodillan junto

¿Una losa saben que el cuerpo se pudo en la tierra y sólo piensan en su espíritu y su alma.

Nada encierra el mausoleo de Abelardo y Eloisa. ¿Irían más enamorados á visitar aquella tumba si supieran que los célebres amantes descansaban allí envueltos en metal?

El doctor Variot nos quiere volver á los tiempos de la civilización egipcia. Cierto que sus momias son más agradables á la vista que una Cleopatra, hace algunos años paseada por Europa entera, y que no se parecía en nada á Sarah Bernhardt, sino á esos cocos que los tenderos de ultramarinos tallan para darles la apariencia de una cabeza humana. Pero el doctor Variot ha nacido unos miles de años más tarde de lo debido.

Las momias han pasado de moda. Ese doctor hubiera sido seguramente decano de la facultad de medicina de Faraon.

Hoy, lo repetimos, es un caso grave de la estatuomanía reinante.

•••

Mr. Ravaisson, el otro caso citado al principio de esta crónica, pretende restaurar la Venus de Milo.

Esto académico es reincentente.

Ya hace algunos años pretendió demostrar que la estatua debió formar parte de un grupo de dos figuras. Venus apoyando su mano izquierda en el hombro de Marte y desarmándole con su mano derecha.

En apoyo de su tesis hizo construir un grupo en yeso, que sometió á la opinión de sus compañeros del Instituto y que, después de estar expuesto algún tiempo en el museo del Louvre, fué relegado á un desván.

En la sesión anual del Instituto celebrada esta última semana, Mr. Ravaisson ha presentado un nuevo informe insistiendo en que la Venus de Milo formaba parte de un grupo; pero ahora el otro personaje ha cambiado para Mr. Ravaisson.

El sabio helenista supone que en el grupo la diosa apoya dulcemente la mano en el hombro de Teseo, y al mismo tiempo eleva hácia él la mano derecha, sea sencillamente para acompañar con el gesto las palabras que le dirige á fin de apartarle de la guerra, atrayéndole á la paz, sea para desarmarle.

Esta idea del desarme ha echado, por lo visto, raíces en el cerebro del ilustre académico.

El inimitable caricaturista Carpeaux ha parodiado, en media docena de dibujos preciosos é ingeniosos, esta manía de completar la Venus de Milo.

¡Pobre Venus, en manos de los arqueólogos!

Los artistas y los psetas, compadecidos de que tan bella figura esté mutilada, han tratado de adivinar su verdadera actitud al salir de las manos del ignorado escultor que tan maravillosa obra produjo.

Teófilo Gantier, Gustavo Plauche, Paul de Saint-Victor y otros muchos estéticos han dado opiniones variadas.

Mr. Ravaisson cierra contra los que, preocupados como él de completar la Venus de Milo, han supuesto que mostraba en su mano la manzana de París, y califica de chistosa inventada en una época de decadencia, que altera el carácter de la estatua, el mostrarla «un poco inclinada hácia atrás. vanagloriándose del éxito de sus gracias.»

El sabio arqueólogo ha olvidado en su luminoso informe la versión más exacta que se tiene sobre descubrimiento de la Venus de Milo y su estado de encontrarla los marinos franceses en Grecia. Esta versión, en resumen, se encuentra así en las Memorias de Dumont d'Urville:

En 1820, en Milo, un aldeano griego, llamado Yorgos, descubrió en una excavación de su jardín una Venus rodeada de varios fragmentos de mármol. La Venus estaba intacta. Yorgos la ofreció al cónsul de Francia, quien la compró por 500 piastras, entregando además un traje nuevo al aldeano, y anunció al almirante Dumont d'Urville éste hallazgo.

El almirante mandó á los marineros del aviso *La Estafette* que embarcaran la estatua.

Cuando los marineros desembarcaron en Milo para cumplir la orden, se encontraron con otros marineros turcos que se disponían á llevar la estatua á su barco.

Yorgos, poco escrupuloso, había vendido dos veces la Venus, y el segundo comprador era un fraile. Oicónomos, que la enviaba á Constantinopla, donde debían pagarle por ella 12000 piastras.

Se entabló una verdadera batalla entre turcos y franceses, y la diosa, cogida en medio de los combatientes, recibió no pocos golpes. Al terminar la lucha, Venus quedó en poder de los franceses; pero había perdido los dos brazos en la refriega.

Los marineros recogieron una manzana de mármol que había en el suelo, junto á la estatua, y embarcaron la Venus mutilada á bordo de *La Estafette*.

Mr. Quatremère de Quincy emitió el primero, recién llegada la Venus al Louvre, la idea de que esta figura debió formar parte de un grupo; pero

ante la réplica de que los que presentaron su descubrimiento aseguraban haberla visto en la actitud de «una mujer desnuda que tiene una manzana en la mano izquierda y sostiene, con la derecha, sus ropas descuidadamente plegadas». Mr. Quatremère de Quincy no insistió.

Si esta versión no fuera exacta, habría que suponer que el ignorado autor de la Venus de Milo, desesperado de no poder hacerle brazos tan hermosos que no afearan el conjunto bellísimo de su estatua, la había mutilado de dos martillazos, y renunciado para siempre á restaurar una escultura de la cual ha dicho Teófilo Gantier: «Es el más hermoso asunto de estudio que pueda proponerse el arte moderno: los más fuertes y más ilustres escultores de nuestro tiempo deben pararse á reflexionar ante este mármol, que siempre les enseñará algo.»

•••

El primer éxito verdaderamente completo de la temporada ha sido la comedia de Meilhac, *Ma cousine*, estrenada en el teatro de Variedades.

Es un finísimo estudio de costumbres parisienses hecho con el buen gusto más refinado y una comedia salpicada de los chistes más nuevos é ingeniosos.

La Rejane, que va siendo la actriz mimada de este público y la más deseada ó exigida por los autores, ha obtenido también un nuevo triunfo.

Su papel es, en *Ma cousine*, una actriz parisien, y el autor, que lo ha escrito para ella, le ha dado ancho campo para hacer verdaderos primores.

Y esto tiene doble mérito, cuando se diga que aquí, donde se acostumbran á estudiar y ensayar las obras durante más de dos y más de tres meses, sólo se ha ensayado completa esta comedia siete días.

Siete días antes del estreno entregaba Meilhac el tercer acto de *Ma cousine*, una semana antes entregaba el acto segundo; el primer acto empezó á ensayarse tres semanas antes del estreno.

Y, sin embargo, la ejecución ha sido primorosa.

Un detalle. Todo el primer acto lo hace la Rejane sin moverse de una *chaise longue*. A pesar de esto, le sabe dar una animación y una vida tales, que en ella se concentra casi todo el movimiento de este acto.

Me parece que es un verdadero colmo.

•••

Los holandeses han conseguido llegar á otro colmo, bastante más difícil. El de la borrachera.

Por aficionado á la bebida que sea un hombre, no se puede suponer que tome más de una *pitina* diaria; al fin y al cabo tiene que dormir, y esto lleva tiempo.

Pues los holandeses han encontrado la manera de emborracharse cinco ó seis veces diarias.

El aguardiente, el vino, la cerveza, los licores más fuertes no hubieran llegado á proporcionar este refinamiento de la embriaguez.

Los holandeses se emborrachan con éter.

De este modo hay caballero, y aún señora—porque, según parece, éstas han tomado tanta afición como aquellos al nuevo procedimiento,—que toma su *mona* cada par de horas.

El éter proporciona una embriaguez fortísima, pero que se disipa muy rápidamente.

Además cuesta barata, porque se necesita poca cantidad de este licor para ponerse hecho una lástima.

Así es que esta nueva manera de emborracharse y destruirse—porque los efectos son tan funestos como los de los otros alcoholes—se ha extendido en Holanda con la misma rapidez que el éter se evapora en el cerebro de los borrachos: las tabernas de éter empiezan á menudear en aquel país.

La humanidad no sabe qué inventar para diezmarse.

Y los holandeses, que fabrican los mejores y más agradables licores del mundo, no tienen perdon de Dios de ir á embriagarse con una droga de botica que no tiene nada de agradable al paladar.

•••

En Holanda necesitaban una ley análoga á la que existe en los Estados Unidos, en el Estado de Maine, contra el alcoholismo:

1.º Cincuenta duros de multa á todo el que vende licores, mas treinta días de prisión caso de no pagar la multa.

2.º Todo empleado ó agente que ayude á violar la ley, será castigado como el principal culpable.

3.º Todo borracho recogido en la calle pagará diez duros de multa ó sufrirá un mes en cárcel. En caso de reincidencia, cien días de prisión.

Con esa ley, aplicada en Madrid, sólo á la calle de Toledo, se pagaba la Denda española!

R. BLASCO.

París 4 noviembre 1890.

BERLIN

Tres hechos importantes han atraído la atención pública durante los últimos días en esta capital: el 90 aniversario del Mariscal conde de Moltke; la visita del rey de los belgas al emperador Guillermo y las experiencias médicas del Dr. Koch.

•••

Los lectores de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA conocen perfectamente, por despachos telegráficos y noticias, cuanto se refiere á las fiestas y homenajes tributados al anciano general Moltke con motivo de su cumpleaños. Réstame tan sólo decir que el mensaje de admiración y respeto rendido por el imperio alemán al anciano militar ha ocasionado á éste un cambio grave en su salud. Ya sea por las continuadas emociones que ha experimentado en poco tiempo, ya por la actividad extraordinaria que ha tenido que desplegar para corresponder á las innumerables muestras de cariño recibidas, es el caso que el conde de Moltke se halla muy molesto por fuertes calambres en las piernas, vahidos é irritación en los ojos.

Su médico le ha prescrito, además del más absoluto reposo, fricciones en las piernas con aceite cloroformado. La irritación en los ojos tiene una explicación obvia. Me bastará dar este detalle: en el espacio de dos días ha recibido y leído por sí el mariscal Moltke más de 1600 telegramas cariñosos de felicitación de todas partes del mundo. Los médicos creen poder atajar las dolencias del mariscal, dada su vigorosa naturaleza; pero el pueblo alemán teme que el aniversario del natalicio celebrado pueda ser el último.

•••

El rey Leopoldo II de Bélgica ha devuelto al emperador Guillermo la visita que éste le hizo dos meses há.

El rey de los belgas ha aprovechado su estancia en Berlín para dar nuevo impulso á la cuestión africana del Congo. De la conferencia celebrada por ambos soberanos nada se sabe, pero es lo cierto que el emperador ha acordado que el baron de Loden sea nombrado gobernador de la parte pacificada de las posesiones de Alemania en Africa y el mayor Wissmann será autorizado con amplios poderes para gobernar la parte no pacificada. El cuartel general será trasladado de Zanzibar á Bagamoy. A la mayor brevedad se construirá un camino de hierro de este último punto á Dar-es-Salam. El Mayor de Wissmann se embarcará el 12 de este mes en Marsella.

El rey Leopoldo ha tenido una entusiasta acogida en esta capital.

El emperador Guillermo ha recibido cariñosamente al soberano de Bélgica porque, aparte de toda cuestión política, no olvida que Leopoldo II vino hace dos años y medio á asistir á los funerales del emperador su abuelo. El pueblo berlinés tampoco ha olvidado que el rey de los belgas siguió á pie el féretro de Guillermo I.

•••

El Dr. Koch, que como se sabe, fué el descubridor del *bacillus virgula*, se propone emplear un sistema de curación para la tuberculosis, basado en otra especie de *bacillus* ó microbios que, después del necesario cultivo, se inyectan en el organismo de los tuberculosos.

Hasta ahora las experiencias hechas sobre animales han sido satisfactorias. Se espera en este momento que el Dr. Koch aplique su sistema á los enfermos que por orden del ministro de Instrucción pública le serán confiados. Son muchos los que creen en la eficacia del sistema y centenares de físicos esperan que el doctor sea para ellos su segundo padre devolviéndoles la vida, que sienten escaparse de sus pulmones.

Y se pregunta aquí la gente, si Koch sale adelante en su empresa, ¿qué galardón se ofrecerá al hombre que dedica su vida á salvar la vida de los demás? La contestación es sencilla: Su mayor galardón, su título de nobleza será el llamarse Dr. Koch; sus dominios serán mayores que los de soberano alguno, y sus súbditos serán los físicos del mundo entero.

5, noviembre, 90.

VIENA

El 3 del corriente, día en que se celebró este año la Iglesia católica la conmemoración de los difuntos, visitó el emperador Francisco el parque de Meyerling, donde se verificó hará dos años el terrible y misterioso drama de la muerte del príncipe Rodolfo, hijo del soberano.

Meyerling, que está situado en la falda de los Alpes, ofrece un punto de vista en extremo encantador. Debajo se contempla el panorama de Baden con sus pintorescos valles y colonias, que se extienden más allá de Semmering.

Del señorial castillo de Meyerling queda muy poco en pie. Las paredes y murallas no existen, y la mayor parte del edificio ha sido derribado, así como la antigua iglesia del castillo; los árboles seculares han sido arraucados. El único vestigio que aún queda de la antigua construcción es una torretila estilo Edad Media.

S. M. I. ha hecho construir en el mismo sitio del parque en que murió su hijo una capilla de estilo gótico puro. El altar ostenta un Crucifijo; los vidrios pintados de las ventanas y el decorado del templo son de un gusto severo é imponente: los artistas encargados de la ejecución han sabido interpretar la voluntad de un padre que lleva en su corazón el más profundo duelo.

S. M. estuvo orando largo rato ante el Crucifijo, y después dejó una ofrenda á la religiosa encargada del cuidado de la capilla.

A una legua de Meyerling existe un pequeño cementerio, al que se sube por una escalera tallada en la roca y adornada con 15 capillitas, que representan las diversas estaciones de la Pasión de Nuestro Señor, en cuyas capillas hay preciosas pinturas de la época de Luis XV. En dicho cementerio, y junto al mausoleo que guarda los restos de los soldados sajones aliados del Austria muertos en este país, se eleva en el centro de un pequeño jardín de heliotropos y miosotis una pirámide de mármol negro coronada por una urna, en la que se vé en letras de oro el nombre de la baronesa Vecera y dos fechas: junio 1871 y 1889, nacimiento y muerte de la amante del príncipe Rodolfo. Debajo se lee: «El hombre es como una flor: nace, se desarrolla, y de repente la tempestad le arranca la vida».

R.

5 noviembre

ROMA.

Ante la lucha electoral próxima, un problema se presenta para los católicos italianos: si deben ir ó no á las urnas á depositar sus votos. Se recordará que el Sumo Pontífice Pío IX había prohibido á los católicos italianos el derecho de sufragio activo y pasivo; «ni electores ni elegibles» dijo el Santo Padre. Más ahora algunas altas personalidades del partido católico han renovado la cuestión y han hecho presente á S. S. Leon XIII la conveniencia de que la Iglesia se halle representada en las Cámaras, para de este modo evitar, con la intervención de sus representantes, la votación de leyes hostiles al catolicismo. S. S. no ha creído conveniente levantar el veto que impuso su antecesor. Así oficialmente lo declara *El Observador Romano* en un artículo que se presume sea inspirado en el Vaticano mismo, y que concuerda perfectamente con el criterio sustentado hasta ahora en las cuestiones políticas por el actual Pontífice. Leon XIII no es afecto á que los fieles formen bajo otra bandera ni bajo otra agrupación que no sea la del catolicismo, simplemente tal, en completo alejamiento de las luchas enconadas de la política.

Se han publicado en esta capital varios folletos y artículos tratando de esta cuestión.

•••

Ha sido llamado á Roma Monseñor Zaleski, auditor de la nunciatura de París. La venida de este sábio sacerdote ha sido objeto de comentarios sin fundamento alguno.

Monseñor Zaleski ha venido al Vaticano para encargarse de una delicada y difícil misión que le ha encomendado Su Santidad Leon XIII. Dicho señor partirá en breve para Goa, donde fundará un seminario. Monseñor Zaleski conoce perfectamente las Indias Orientales, acerca de cuyo país y costumbres ha escrito un libro muy notable. Nadie mejor ni más indicado para llevar á cabo el pensamiento de Su Santidad de extender en aquellas apartadas regiones el culto y enseñanza de la religión cristiana.

Para el cargo de auditor de la nunciatura de París será designado alguno de los individuos de la «Academia de nobles eclesiásticos de Roma», en cuya corporación hay en la actualidad ocho escolares.

A la espesada Academia pertenecen los jóvenes italianos más brillantes que se dedican á la carrera eclesiástica. A ella ha pertenecido el actual secretario de Estado de Su Santidad, Sr. Rampolla, que tantas simpatías se captó durante su permanencia en esa nunciatura de Madrid. El actual pontífice fué admitido en la «Academia de Nobles» por mediación del papa Leon XII, que vió desde luego las excepcionales condiciones de mérito del entonces joven Pecci. El reconocimiento de este para Leon XII fué muy grande.

Cuando á la muerte de Pío IX, y elegido Papa el cardenal Pecci, fué preguntado acerca del título que pensaba adoptar para regir la Iglesia Católica, contestó:

«Me llamaré Leon XIII, en memoria del papa Leon XII, á quien debí cuanto soy».

F. de L.

4 de Noviembre.

UNA CARTA

(INÉDITA)

Al Sr. D. F. N., Diplomático EN TÁNGER

Aunque hace tiempo que ignoro lo que por Estadio pasa, llegó el rumor á mi casa de que te pasaste al moro, y no por inspiración, por algo que no me explico, dije: «Moro Federico? Le conozco la intención.»

Habí jovero que engarza diamantes á todas horas, querrá gustar otras moras distintas de las de zarza, y con sán natural ver de mezquita en mezquita las moras que necesita para volverse moro.

Si era infundado mi juicio si cual repten te ecos llenas tan sólo en Marruecos los deberes del servicio, vuelve pronto junto á mí y deja el suelo africano, que para ser buen cristiano mejor estarás aquí.

Vuelve á que alegres te embromes los que hoy al llorar se fuerzan cesantes unos que almuerzan, poetas otros que comen y todos amigos fieles que aún encuentran castaña el potage nacional sazonado con laureles.

No abundarán los Madrileños en *devriches* macilentos, pero hay santones á cientos, como hay judíos á miles, y en la clase de odaliscas las contamos por bandadas, siendo las menos tapadas á veces las más ariscas.

Ven, pues, y ya que al marchar no te pudo despedir, ni mi encarguito añadir á los que hayas de comprar, para mi gusto y mi guarda, si es que mis ruegos escuchas, no déites ni babuchas, tráeme sólo una espingarda. Matar á nadie no quiero; mi proyecto es más sencillo: ¡Asomarla al ventanillo en cuanto llame el casero!

MANUEL DEL PALACIO.

Madrid, 1892.

DE VUELTA DE LOS BAÑOS

«Todo pasa» dijo Pero-Grullo. Y después de él Riejos en anuel hermoso terceto, que empieza:

pasáronse las flores del verano... etc.

y como consecuencia fatal de esta invariable ley de la Naturaleza, ha pasado el verano del año del Señor, 1890.

¡Siempre lo mismo!

¡En sus comienzos, ¡qué animación, qué alegría, qué movimiento, qué correr de omnibuses y coches de todas clases con dirección á las estaciones de ferrocarriles, llevando toda clase de bultos, con bultos de gente, gente de bulto y toda clase de gente más ó menos abultada.

Madrid se despoblaba. Desde los que huían de los rigores de Febo corriendo á buscar mejor ambiente en los diversos pueblecillos de las sierras inmediatas, hasta los que dejaban sus alhajas en el Monte de Piedad, para disfrutar los placeres que su fortuna les ofrecía, ya en nuestras deliciosas costas del Cantábrico, ya en las de Gnetaria, San Juan de Luz, Biarritz, Arcachon, ó en las de Diéppe ó Dover, etc., etc., todos parecían animados por irresistible ansia de viajar, de cambiar de aires, de método de vida, de alimentación, de todo, en una palabra.

Hasta los que, por oportuna necesidad, se dirigían á nuestros riquísimos manantiales salúferos, llevaban pintada en el semblante la agradable emoción que les producía interrumpir por algún tiempo la monotonía de sus aficiones dentro del casco de la villa coronada.

Pero... ¡ay!... aquello pasó.

El otoño se echa encima, con sus aguaceros, con sus ventiscas, con sus días encapotados y tristes... y todo bicho viviente emprende la caminata de retorno hácia sus cuarteles de invierno, con la tristeza en el semblante.

¿Será que todos nuestros viajeros han dejado encerradas en impenetrable lugar y hasta otro año, todas sus emociones?...

¿Será que ninguna esperará al volver á sus hogares?...

Error... ¡grave error!

Y sino vean ustedes las que unos cuantos conocidos míos han experimentado al entrar en su casa.

I

Don Cosme Sumidades es un boticario chapado á la antigua, que sin más familia que su mujer doña Escolástica Aceituno y su director espiritual, el padre Sanarra, pasa todo el invierno en antitesis con la hormiga, economiza

do lo que el santo trio ha de comerse en San Sebastian durante el verano. Tiene este buenísimo señor un regente en su farmacia, joven, listo, alegre como unas castañuelas y partidario hasta el delirio de la buena música y del mejor canto.

Todo lo que este muchacho tardó en enterarse de que en la Alhambra y en la Zarzuela habia compañía de ópera italiana (hasta cierto punto) tardó en decidirse á cerrar la botica muy pronto... y al volver una noche á su casa, extasiado con los acordés, que aun resonaban en su oído, de la música de Donizzetti y Meyerbeer, se encontró con que unos pocos, muy pocos, de esos pocos (1) presidiarios cumplidos que eligieron por lugar de residencia á Madrid, habian tomado por asalto la cocina de Galeno y robado cuanto de más positivo, útil y mejor habiales parecido.

Y á las seis de la mañana del nacimiento dia llegaba á su casa el rotado D. Cosme!

Llegó, en efecto, y apenas enterado de su desgracia, cayó accidentado sobre su mujer, mientras el P. Sanarra corría desaladamente en busca de los auxilios espirituales.

¡Pobre D. Cosme!
¡Quizá tal y tan fuerte emocion sea causa de su muerte!

Joaquinito Fernan-Lila es un joven *et usque*, como hay muchos: frívolo, insustancial, pagado de su persona y sin más entusiasmo que los de vestir con exquisita elegancia y llamar la atención de la gente *pschut*.

De humildísima condicion y sin perrito ni gato que le ladrase ó mahallase, servía de amanuense á cierto administrador de loterías, cuando una vieja aristocrática, una *Lais*, blasonada, habitual jugadora en la administracion donde Joaquinito servía, se prendió de su buena figura, dándosele á entender con la delicada astucia con que las mujeres todas, y las de mundo principalmente, saben insinuar lo que se proponen conseguir.

Joaquinito, que nada tenia de tonto, supo manejar, y al poco tiempo el ex-escribiente de loterías montaba brioso alazán inglés, frecuentaba los círculos del *sport*, tiraba al pichon y era abonado á primer turno en el teatro Real.

Para justificar en algo su improvisada posición, la vieja *Lais*, aprovechando la circunstancia de que Joaquinito tenia concluida su carrera de abogado, usó de su influencia y le consiguió una placita de oficial de administración civil en un ministerio, con doce mil reales de sueldo, cuyo haber mensual se jugaba Joaquinito al bacarat el mismo dia que le pagaban sus servicios al Estado.

En estas condiciones salió nuestro gomoso á veranear.

Y pasó el verano deliciosamente.

Y llegó el dia de volver á Madrid. Y volvió...

Y al entrar en su casa recibió dos emociones, á cual más interesantes.

Su vieja habia muerto repentinamente de la rotura de un vaso; de eso que la criada de ustedes y la mia hacen diariamente sin el menor detrimento de su salud.

Y por si esto era poco, halló sobre la mesa de su cuarto un pliego fatal: el que encerraba su cesantía.

Joaquinito no se sintió con fuerzas bastantes á resistir tan crueles emociones, y las puso término alojándose en el cráneo una cápsula de revólver de muy pocos milímetros: los suficientes para dejar este mundo amargo.

Estamos en la estación del Norte. Un hombre joven todavía, y agraciado, desciende de un vagon de primera clase y va á recibir el abrazo de una mujer que le espera.

—La mujer es también joven, muy linda, muy elegante, muy distinguida... una mujer, en fin, aceptable á todas luces.

Desde el sitio en que me encuentro percibo distintamente el diálogo que entablan y sostienen.

—¡Pepe mio!
—¡Matilde de mi alma!
—¡Llegas bien?
—Aquí me tienes, tan bueno ó mejor que el día en que de tí me separé.
—¡Gracias á Dios! No todo ha de ser amargo.
—¿Cómo amargo? ¡Tienes alguna mala nueva que participarme?...
—No y... sí.
—¿Cómo sí y no? Explícate.
—Pues es el caso... que mamá...
—¿Cómo mamá!...
—Sí, mi mamá...
—Sí, vamos, mi suegra...
—Precisamente...
—¿Ha reventado al fin?...
—Nada de eso; á quien ha reventado es á nosotros.
—¿Cómo á nosotros!...
—¿Se nos ha metido en casa!

¡Cómo se ha metido en casa! ¡Por la puerta!
—Pero tú no habrás consentido que haya faltado á la condicion que yo la impuse al casarte conmigo: de que en ningun tiempo ni ocasion habia de vivir con nosotros.
—¿Y qué querías que hiciera?... Se presentó de repente... de noche... ¡y al fin en casa la tienes!...
—¿Cómo que la tengo en casa!... A ver ¡cochero, cochero!... ¡arriba!... ¡San Pedro Mártir, 25!... ¡A escape! ¡Esta misma noche, ó tu señora madre duerma en el arroyo ó yo descanso en la prevencion del distrito.
Y entre tanto... nuestro hombre recibe la emocion de su regreso.

IV

—¡Pues señor, estoy lucido!... He pasado el verano gastando cuanto tenia y algo más que no era mio, y al volver á mi casa me encuentro con que el amigo querido y de toda mi confianza á quien dejé las llaves de mi habitación me ha vendido los muebles, dejándome una carta en la portería, en cuya carta me relata sus cuitas y la imprescindible necesidad en que se ha visto de hacer uso de este recurso, contando, por adelantado, con que le perdona, en gracia de la íntima amistad que nos une.

Del mal el menos... Volver á Madrid entrapado y hallarse sin silla donde descansar, es justa compensacion de los buenos dias del veraneo.

V

—¡Portera!... ¡Portera!...
—¡Hola, señorito!... ¿Ha llegado usted bien?...
—¡Perfectamente! Pero... ¿y mi mujer?... ¿está enferma?... ¿cómo no ha salido á esperarme?... ¿No recibió un telegrama mio anunciándole mi llegada á esta?...
—Diré á usted... el telegrama sí que vino... yo firmé el recibo... y ahí le tengo...; pero la señorita... hace dos dias que salió de casa, acompañada de un señor muy generoso, que me dió dos duros y... esta carta para usted.
—¿A ver!... ¡a ver!... ¡Dios mio, que emocion! (Leyendo.) «Caballero: Evite usted todo escándalo. ¡La mujer de usted huye conmigo! ¡La pasion es ciega. No se veranea solo, teniendo una mujer tan bonita, impunemente. Hasta nunca.—X...»

Y nuestro hombre empezó por llevarse las manos á la cabeza, despues al corazón, y en un arranque de estoicismo sublime exclamó:
«¡Infeliz raptor... no sabes lo que te llevas!»

MOSÁICO MADRILEÑO

Abstinencia de carne.—Maniobras militares.—Necrología: D. Antonio Cortina y Farinos.—El club de los camareros.—Zorrilla enfermo.

—¿Tiene usted carne?
—¿Ha podido usted comprar carne?
—¿Cuáles son los puestos en que vende su carne el Ayuntamiento?
—Nada, hijos; hoy no hay carne.
—Año de dos Cuaresmas y de tantas vigillas no es buen año.
—Pero ¿por qué no hay carnes?
Estas y otras análogas preguntas y exclamaciones vienen siendo el asunto del dia desde hace varios; y el discreto Mariano de Cavia, en sus bien sazonados «Platos del dia», habrá podido servir únicamente manjares en que hayan servido de base los productos marítimos y fluviales, los frutos de la huerta y postres variados sin dar intervencion en ellos á otras carnes que á la de membrillo.

La historia del conflicto se encuentra extensamente narrada en algunos cientos de noticias de nuestro número diario, y no es cosa de volver sobre el asunto, aunque sí podria decirse algo en grandes síntesis.

Es trance en que aparece como primera victima el ganadero, y como última el consumidor. Entre el primero y el último hay una serie interminable de entidades que son las que utilizan más ó menos á los pobres animales, que vendidos en su pueblo natal por corto precio, lo cuadruplican al ser repartidos en pedazos entre los vecinos de Madrid.

Costumbres disculpables y corruptelas viciosas han obligado más de una vez al Ayuntamiento á intervenir entre abastecedores, vendedores y público; y al hacerlo recientemente, ha surgido la huelga de los que se consagran al abastecimiento de carnes.

Y una huelga de carniceros en un pueblo de medio millón de habitantes, es cuestion de verdadera gravedad.

—¡Oí no ai soll!—exclamó un célebre empresario de toros con tanta soberbia como mala ortografía.—Y el público se encogió de hombros, pues aquel mandato no le afectaba grandemente.

—¡No hay gotas!—exclamaron en otra ocasion los dueños de café.—Y como el público pudo constatar con otra consigna de «¡No hay propinas!» ó «¡No ir al café!», el conflicto terminó suavemente.

—¡Dos reales el afeitado!—dijeren á su vez los peluqueros.—Y el público se echó á reír y se dejó crecer la barba.

Pero la huelga de los carniceros es tan importante, que puede motivar hasta una cuestion de orden público; y aunque solo fuese considerando que hay algunos millares de enfermos esperando su taza de caldo, no creo justo que los señores abastecedores realicen su capricho y nos impongan la ley. El Ayuntamiento madrileño ha salido al remedio de la primera necesidad matando por su cuenta, abriendo despachos al público y dando á éste una verdadera novedad que no recuerdan los madrileños más ancianos: el peso completo.

Algun teniente de alcalde, dando ejemplo laudable de lo que se debe á la representación electiva del pueblo de Madrid, ha pasado largas horas despachando al público; el alcalde, que si no tiene las llaves del cielo como su homónimo, es persona de gran carácter, ha resuelto las dificultades y arbitra medios para realizar la campaña en que tan interesado se encuentra el público, y estableciendo diez cines el primer día, treinta el segundo, cincuenta el tercero, ha conseguido demostrar que en estas graves crisis de subsistencias, una voluntad decidida consigue lo que á primera vista hubiera parecido imposible.

Hoy dominan ya los temperamentos de transaccion, y es de presumir que dentro de poco volveremos á consumir la carne mal pesada y seguiremos haciendo, con el hervor de nuestros pucheros, la fortuna de acaparadores, distribuidores y carniceros de Madrid.

La actual carencia de carnes, perjudicial casi únicamente á las clases pobres y á los enfermos, pues en los ricos es facilísima la sustitucion de la vaca por el jamon y la gallina, no se ha sentido, por extraño fenómeno, en las casas de huéspedes de á ocho reales con principio. Ni un solo dia ha faltado en ellas el filete en salsa, que los huéspedes han devorado con envidiable apetito. Ciertamente con este servicio hecho por las patronas ha coincidido la desaparicion de alguna cartuchera de miliciano y el correaje que usó en el servicio el marido difunto de alguna. También es verdad que varios libros de texto han perdido la pasta y que el material de botas viejas no figura en su acostumbrado sitio; pero todo esto debe ser casual. Lo evidente, lo positivo, es que á las casas de huéspedes no ha faltado la carne; que las dueñas de ellas han cumplido religiosamente sus compromisos, y que hay estómagos privilegiados entre los habitantes de Madrid. Algunos de los huéspedes dudan, no obstante, que en una de las últimas noches estuvo inquieto y desasosegado y, segun su gráfica expresion, parecia que le arañaban las tripas.

Pero de esto á suponer que pueda relacionarse esta difícil digestion con la pérdida del gato negro de la portería, hay grandísima distancia. Por otra parte, esta alimentacion excepcional no ofrece ningun peligro, pues si por comer gato por liebre pudiera el consumidor sentir tendencias gatunas y querer arañar al progimo, todo el que consume á diario carne de vaca debería embestir á la gente al audar por esas calles.

—¿Tienen ustedes carne?
—¿Ha podido usted comprar carne?
—¿Cuáles son los puestos en que vende su carne el Ayuntamiento?
—Nada, hijos; hoy no hay carne.
—Año de dos Cuaresmas y de tantas vigillas no es buen año.
—Pero ¿por qué no hay carnes?
Estas y otras análogas preguntas y exclamaciones vienen siendo el asunto del dia desde hace varios; y el discreto Mariano de Cavia, en sus bien sazonados «Platos del dia», habrá podido servir únicamente manjares en que hayan servido de base los productos marítimos y fluviales, los frutos de la huerta y postres variados sin dar intervencion en ellos á otras carnes que á la de membrillo.

La historia del conflicto se encuentra extensamente narrada en algunos cientos de noticias de nuestro número diario, y no es cosa de volver sobre el asunto, aunque sí podria decirse algo en grandes síntesis.

Es trance en que aparece como primera victima el ganadero, y como última el consumidor. Entre el primero y el último hay una serie interminable de entidades que son las que utilizan más ó menos á los pobres animales, que vendidos en su pueblo natal por corto precio, lo cuadruplican al ser repartidos en pedazos entre los vecinos de Madrid.

Costumbres disculpables y corruptelas viciosas han obligado más de una vez al Ayuntamiento á intervenir entre abastecedores, vendedores y público; y al hacerlo recientemente, ha surgido la huelga de los que se consagran al abastecimiento de carnes.

Y una huelga de carniceros en un pueblo de medio millón de habitantes, es cuestion de verdadera gravedad.

—¡Oí no ai soll!—exclamó un célebre empresario de toros con tanta soberbia como mala ortografía.—Y el público se encogió de hombros, pues aquel mandato no le afectaba grandemente.

—¡No hay gotas!—exclamaron en otra ocasion los dueños de café.—Y como el público pudo constatar con otra consigna de «¡No hay propinas!» ó «¡No ir al café!», el conflicto terminó suavemente.

Los camareros de café han constituido con el título de El Alba una sociedad ó gremio que celebra sus reuniones como otro cualquiera y mantiene debates y adopta acuerdos sobre los puntos con que más directamente se halla interesado. Pero como sus reuniones no son públicas, ni á ellas asisten taquígrafos que yo sepa, ni los camareros tienen todavía órgano propio en la prensa, hay derecho para que la pública curiosidad se manifieste, preguntando:

—¿Qué habrán acordado los camareros?

Y la fantasía, apoderándose de la duda, no dejará de responder:

—¿Qué pregunta! Los primeros acuerdos de los camareros habrán sido contra las camareras, pues desde que éstas sirven en algunos cafés, no hay viejo verde ni pollo conquistador que acuda á un café servido por hombres. Es, pues, necesario que acabe tal situacion y que las mujeres no disipen sus legítimas ganancias á los hombres.

—¿Es un error!—dice otro.—La concurrencia de las mujeres en el servicio de los cafés no perjudica á los hombres, pues cada establecimiento tiene su clientela especial y sus medios de vida. Se reúnen los camareros para que no se les obligue á pagar el vidriado roto...

—Y el que se llevan entero algunos parroquianos, que reponen la vajilla de su casa á muy poca costa.

—O tal vez se reunirán para negarse á recibir toda propina que no llegue al 50 por 100 del importe del consumo.

—O para ver el modo de que se arreglan las tarifas, de suerte que la propina sea inevitable.

—O para acordar las venganzas que han de tomar contra los parroquianos poco generosos, tales como derramarles en los pantalones el líquido de las cafeteras, poner fragmentos de pez en los asientos que hayan de ocupar ó encender fósforos á su lado para que hábilmente les caiga sobre la capa el misto inflamado.

La verdad es que todas las presunciones que se hagan son por el pronto aventuradas, pues los camareros de café no han tenido por conveniente comunicárnoslos, y en esta incertidumbre no es extraño oír á algun parroquiano lleno de escama:

—¡Ya verán ustedes cómo todo esto acaba en suprimirnos las gotas!

Nuestro ilustre y legendaria poeta, el autor de *Don Juan Tenorio* y de *Margarita la tornera*, del poema *Granada* y de los *Cantos del Trovador*, vuelve á inspirar serio cuidado á sus amigos y admiradores. Una grave dolencia, que en su avanzada edad tiene doble peligro, le ha postrado en el lecho, y los partes dados por su médico de cabecera, el ilustre doctor Cano, son bien poco tranquilizadores. Hace todavía poquísimas noches que

En uno de los últimos dias de la semana tuvo noticia el juzgado de haber fallecido en una boardilla de la calle de la Palma un caballero de 50 años próximamente, averiguándose por sus documentos, pues no era vecino de Madrid, llamarse D. Antonio Cortina. El hecho de no encontrarsele por la autoridad judicial un reloj de oro y el dinero que, segun sus amigos debía tener, ha hecho suponer que con este lamentable suceso pueda relacionarse algun robo, suposicion que al tiempo de escribir estas líneas no ha podido ser comprobada.

D. Antonio Cortina y Farinos habia nacido en un pueblo de la provincia de Valencia en 17 de enero de 1841. Hijo de una humilde familia labradora, dió desde niño pruebas evidentes de sus grandes aptitudes para el dibujo, que acaso habrian resultado estériles, por la pobreza de los padres, que convirtió al pobre niño en *femeter* ó basurero, si no las hubiera conocido el escultor D. Antonio Marzo, que le dió las primeras lecciones de dibujo y le hizo asistir á las clases de la Academia de San Carlos de Valencia. Su aplicacion movió al Ayuntamiento valenciano á agraciarse con una pension, pudiendo ya desde entonces seguir sus estudios y desarrollar sus excelentes disposiciones.

Figuran entre sus principales trabajos *La conquista de Valencia por el rey D. Jaime*, premiado con medalla de plata en la exposicion regional de 1867; *Apoteosis de la conquista de Valencia*, para el palacio del marqués de Dos Aguas; *Una Concepcion*, para la iglesia de Burjasot; *La Tempesdad*; *San Juan y la Virgen*, lienzo premiado con medalla de oro en la Exposicion valenciana de 1879, considerable número de retratos, la decoracion del magnífico café de España en Valencia y la de varios templos de la provincia.

El Sr. Cortina era actualmente catedrático supernumerario de la escuela de Valencia y su venida á Madrid obedecía al deseo de ser nombrado en propiedad. El triste accidente á que me refiero ha cortado sus justas aspiraciones y su muerte será muy sentida en Valencia.

En uno de los últimos dias de la semana tuvo noticia el juzgado de haber fallecido en una boardilla de la calle de la Palma un caballero de 50 años próximamente, averiguándose por sus documentos, pues no era vecino de Madrid, llamarse D. Antonio Cortina. El hecho de no encontrarsele por la autoridad judicial un reloj de oro y el dinero que, segun sus amigos debía tener, ha hecho suponer que con este lamentable suceso pueda relacionarse algun robo, suposicion que al tiempo de escribir estas líneas no ha podido ser comprobada.

Ha comenzado á publicarse en esta capital, en volumenes lujosamente impresos, una Biblioteca poética de autores del siglo xvi. El tomo primero contiene las *Poesías satíricas y jocosas* de D. Francisco de Quevedo, comprendiendo las *Letricillas satíricas y urlescas*, *Jácaras* y *Bailes* de aquel ilustre pensador y fecundo é intencionado poeta.

Es una biblioteca que promete y merece lograr la aceptación pública.

Clasificación de las ciencias, nuevo estudio de nuestro compañero en la prensa D. Alfonso Ordás, es un resumen de los principales sistemas, con respecto al orden en que las ciencias *deben ser estudiadas*. Y como los conocimientos científicos son *fundamentales* y *ampliarios* de los de aplicacion ó *técnicos*, ocioso es decir que este libro tiende á la diffusion de esa cultura general ó *instruccion fundamental*, indispensable á todo hombre, cualquiera que sea su profesion exclusiva.

El Sr. Ordás viene, en suma, á decir: «No es posible ya dar un paso en ningun ramo de la actividad humana sin conocer, de un modo general siquiera, el estado y método de cada ciencia. Estamos en una época de sinoptismo, de cuadros generales, de síntesis, lo que es tanto más necesario cuanto mayor es paralelamente el afán y la necesidad de las especialidades.

El Sr. Ordás cree indispensable una revision-sumaria de las ciencias *técnicas* y de las ciencias *prácticas* más importantes, y á ello se encamina su nuevo libro.

Matrimonio civil ó Sacramento y concubinato, novela original de D. Manuel Polo y Peironon, con un prólogo de D. Antonio de Trueba.—Segunda edicion.—1890.

Impresa por vez primera en 1884 y agotada desde hace tiempo la edicion primera, es seguro que la novela del Sr. Polo alcanzará en su reimpression actual un éxito no menos envidiable, consagrando el público de esta suerte los augurios del ilustre y glorioso Antonio de Trueba cuando elogiaba el carácter naturalista de la obra; pero ese naturalismo racional, estético, no reñido con el arte ni con el sentido común, ese naturalismo, cuyo procedimiento estriba, segun Trueba, en «reproducir la luz, utilizando la sombra solo en cuanto sea necesaria para realizar la luz por medio del contraste».

Apología científica de la fe cristiana, por el canónigo F. Duilhé de Saint-Projet, version española de F. y M. Polo y Peironon.—Segunda edicion.—1890.

Otro de los libros dados á conocer en España por el docto catedrático de Valencia, y cuya edicion primera se ha agotado á los dos años de ver la luz. La obra original tiene la sancion de elevadísimos representantes de la Iglesia católica, y la traducción, correctísima y elegante, ha sabido conservar todas las buenas circunstancias de aquella.

La chica del tío Reluces, novela de costumbres populares, por D. Leopoldo Lopez de Eca.

Esta obra, boceto más que acabado cuadro de costumbres, hace la presentacion de un joven autor de verdaderas aptitudes y del que pueden prometerse mucho las letras si estudia y sabe evitar los escollos que suelen ofrecer las actuales corrientes del gusto.

Zorrilla, presenciando desde un palco del teatro Español los triunfos de María Guerrero en el papel de Doña Inés de Ulloa, era objeto de una ovacion tan entusiasta como merecida. ¡Digno tributo á la grandeza del genio! Desde el siguiente dia se iniciaba la dolencia que hoy sufre y que tiene en constante alarma á sus muchos amigos. ¡Quiera el cielo que los tristes presentimientos de éstos no tengan confirmacion, y que el gran poeta, vuelto á la salud, pueda darnos todavía los sazonados frutos de su ingenio peregrino!

M. OSSORIO Y BERNARD.

LIBROS NUEVOS

El problema social, por D. Nilo María Fabra.—Madrid, 1890.

En un volumen elegantemente impreso ha reunido el autor los curiosísimos artículos que ha publicado en *La Ilustracion* con los títulos de «La revolucion social», «Despues de la revolucion social», «La huelga de las mujeres y la anarquía», «En plena anarquía» y «La restauracion burguesa».

Dotado el Sr. Fabra de profundo espíritu investigador, hace resaltar de las predicaciones del momento las posi les contingencias del porvenir, y aun cuando no recarga sus cuadros de tintas negras y antes bien presta el carácter cómico hasta donde es compatible con las tragedias que rola, la revolucion social triunfante que nos pinta en las páginas de su libro es posible que temple muchos entusiasmos ciegos y reduzca muchas ambiciones locas.

El libro del Sr. Fabra se lee de una sentada y con el mismo ó mayor interés que cualquier novela, y una vez terminada su lectura, se lamenta que haya durado tan poco. Puede asegurarse desde luego que esta obra no terminará su historia con la primera edicion.

Biblioteca de Bellas Artes.—Historia de la música, por H. Lavoix (hijo), conservador, subdirector adscrito á la Biblioteca Nacional, premiado por el Instituto de París.—Version castellana.—Un tomo de 300 páginas, en excelente papel gaseado y con gran multitud de grabados intercalados en el texto.—Madrid.

Esta obra, verdaderamente interesante, forma parte de las que constituyen el catálogo de *La Espana Editorial*, que publica el inteligente editor y nuestro amigo D. Jesús Manso de Zúñiga.

Los misterios de París, por Eugenio Sué.—Nueva edicion española, en tres volumenes, publicada en la biblioteca de *El Motín*.

Ha comenzado á publicarse en esta capital, en volumenes lujosamente impresos, una Biblioteca poética de autores del siglo xvi. El tomo primero contiene las Poesías satíricas y jocosas de D. Francisco de Quevedo, comprendiendo las Letricillas satíricas y urlescas, Jácaras y Bailes de aquel ilustre pensador y fecundo é intencionado poeta.

Es una biblioteca que promete y merece lograr la aceptación pública.

Clasificación de las ciencias, nuevo estudio de nuestro compañero en la prensa D. Alfonso Ordás, es un resumen de los principales sistemas, con respecto al orden en que las ciencias *deben ser estudiadas*. Y como los conocimientos científicos son *fundamentales* y *ampliarios* de los de aplicacion ó *técnicos*, ocioso es decir que este libro tiende á la diffusion de esa cultura general ó *instruccion fundamental*, indispensable á todo hombre, cualquiera que sea su profesion exclusiva.

El Sr. Ordás viene, en suma, á decir: «No es posible ya dar un paso en ningun ramo de la actividad humana sin conocer, de un modo general siquiera, el estado y método de cada ciencia. Estamos en una época de sinoptismo, de cuadros generales, de síntesis, lo que es tanto más necesario cuanto mayor es paralelamente el afán y la necesidad de las especialidades.

El Sr. Ordás cree indispensable una revision-sumaria de las ciencias *técnicas* y de las ciencias *prácticas* más importantes, y á ello se encamina su nuevo libro.

Matrimonio civil ó Sacramento y concubinato, novela original de D. Manuel Polo y Peironon, con un prólogo de D. Antonio de Trueba.—Segunda edicion.—1890.

Impresa por vez primera en 1884 y agotada desde hace tiempo la edicion primera, es seguro que la novela del Sr. Polo alcanzará en su reimpression actual un éxito no menos envidiable, consagrando el público de esta suerte los augurios del ilustre y glorioso Antonio de Trueba cuando elogiaba el carácter naturalista de la obra; pero ese naturalismo racional, estético, no reñido con el arte ni con el sentido común, ese naturalismo, cuyo procedimiento estriba, segun Trueba, en «reproducir la luz, utilizando la sombra solo en cuanto sea necesaria para realizar la luz por medio del contraste».

Apología científica de la fe cristiana, por el canónigo F. Duilhé de Saint-Projet, version española de F. y M. Polo y Peironon.—Segunda edicion.—1890.

Otro de los libros dados á conocer en España por el docto catedrático de Valencia, y cuya edicion primera se ha agotado á los dos años de ver la luz. La obra original tiene la sancion de elevadísimos representantes de la Iglesia católica, y la traducción, correctísima y elegante, ha sabido conservar todas las buenas circunstancias de aquella.

La chica del tío Reluces, novela de costumbres populares, por D. Leopoldo Lopez de Eca.

Esta obra, boceto más que acabado cuadro de costumbres, hace la presentacion de un joven autor de verdaderas aptitudes y del que pueden prometerse mucho las letras si estudia y sabe evitar los escollos que suelen ofrecer las actuales corrientes del gusto.

ADVERTENCIA

A última hora y cuando ya no tenemos tiempo material para las diferentes operaciones de imprenta, recibimos la carta semanal de nuestro corresponsal en Londres. Irá en el próximo suplemento.

Imp. de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

Factor, 7

(1) Excede el número de estos residentes. De la cifra de 15000.